

EL CANON CATALÁN

Martorell, anticipo de Cervantes

Alemania acoge a *Tirant lo Blanc*, la gran novela valenciana precursora del *Quijote*, como reflejo del puente literario establecido con tierras germanas desde el nacimiento de la imprenta. Héroes y antihéroes escritos con acento alemán.

ALBERT HAUF

Si la reciente bibliografía del valenciano Ferran Robles confirma el interés de los alemanes por autores como Ausiàs March, Salvador Espriu o Vicent Andrés Estellés, resulta por otra parte muy difícil olvidar que la primera publicación moderna de Ramon Llull la constituye la monumental edición de *Maguncia* (1721-1742), o que los más de 30 volúmenes de su *Ópera Latina* (hasta ahora aparecidos de manera regular en la colección Corpus Christianorum de la prestigiosa editorial Brepols) son fruto de la labor ejemplar del Raimundus Lullus Institut de la Universidad alemana de Friburgo.

Es también de sobra conocido que filólogos alemanes de la talla de Benhard Schädel tutelaron la formación lingüística de Antoni M. Alcover y de Francesc de B. Moll, autores del ingente *Diccionari Català-Valencià-Balear*. Pero quizá sean menos los lectores que conozcan el modélico *Diccionari portàtil de les llengües catalana i alemanya* publicado en Aquisgrán en 1911 por el doctor Eberhard Vögel, cuyo interesantísimo precedente, el *Vocabolari molt profitós per aprendre Lo Catalan Almany y lo Almany Catalan* de 1505, es un testimonio más de la presencia de una nutrida colonia alemana en Barcelona y Valencia, siglos antes de que Mallorca se convirtiera, casi, en un *ländler* supernumerario de la República Federal de Alemania.

Tan curioso vocabulario surgió de las prensas de uno de los maestros impresores alemanes que hicieron llegar el milagro de la llamada Galaxia Gutenberg a todos los rincones de Europa, incluida España. Se trata de Joan Rosembach, que imprimió en Barcelona las *Constitucions de Cathalunya* (1494) y la *Gramàtica llatina de Nebrija* (1497). Llama la atención, y es indicio de naturales contactos profesionales, que en la orla xilográfica inferior de las portadas de ambos incunables figure el escudo de otro fa-



Victoria Abril, durante el rodaje en 2005 de *Tirante el blanco*, de Vicente Aranda.

EFE

moso impresor alemán establecido en Valencia: Nicolau Spindeler, que colaboró en la magna aventura empresarial que supuso editar, en 1490, 700 ejemplares de una novela de 369 folios, titulada *Tirant lo Blanc*.

La segunda edición barcelonesa de Pere Miquel y Diego Gumiel (1497) y las traducciones castellana (Diego Gumiel, Valladolid, 1511) e italiana (Venecia, 1538, 1566 y 1611) prueban el merecido éxito inicial de la obra, que cayó más tarde en el olvido. Sin embargo, la fina sensibilidad

de Cervantes captó al vuelo el mensaje tragicómico que emana de la ficción *martorelliana*, impregnada a la vez de sutil melancolía y de punzante realismo. Salvando siempre las distancias, hay —creo— una evidente sintonía entre el *TB* y el *Quijote*. Porque el utópico triunfo de *Tirant*, conquistador de Bizancio y representante del ideal caballeresco de cruzada, ni atenúa ni consigue disimular el mensaje de un duro fracaso vital. Pero mientras el *Quijote* fue leído y entendido como lo que era: una corrosi-

va parodia de una moda literaria abocada a la irracionalidad, y una magistral expresión literaria del choque entre la nueva mentalidad renacentista y los míticos ideales de la caballería artúrica medieval, el *Tirant*, que contenía *in nuce* este mismo mensaje, transitó rezagado por la Europa de la Contrareforma, como lo que Cervantes captó que no era ni pretendía ser: una más de las desbordadas fantasías imaginarias representadas por el Amadís y su fabulosa estirpe. Resulta, a mi entender, difícil continuar leyendo la gran novela valenciana como propuesta nostálgica de recuperar los valores de la utopía artúrica. Porque, aparte del evidente final antihéroe a consecuencia de lo que Joan Fuster denominó con razón una *histoire de cul*, hay en el libro una acumulación de descripciones picantes, algunas obscenas si no fuesen cómicas, de frases y comparaciones religiosas puestas en evidencia en las notas de mi reciente edición, que superan incluso la irónica irreverencia *poserasmista*, y son prueba de un espíritu carnavalesco casi *prerrabelaisiano*, que desborda por completo la prudentísima discreción cervantina.

Si Cervantes nos advierte de los engaños de la “amorosa pestilencia”, destructora de cualquier posible Arcadia, y del peligro de confundir la realidad con los falsos encantamientos de la ficción, Martorell nos avisa de que el constante juego de apariencias y de espejos deformadores impide la normal percepción de la verdad al hombre inmerso en el teatral ritualismo de una sociedad impulsada por valores en el fondo irreconciliables, donde la voluntad más heroica sucumbe ante la fatalidad, y la gloria humana es un espejismo inasequible.

Tanto Martorell como Cervantes parecen confirmar el mensaje pesimista del viejo Boecio, quejoso del siempre incierto giro de la rueda fortunal. El mundo imaginario de Martorell tiene la fugaz y policroma belleza de una anacrónica falla valenciana, donde la lección ejemplar o la crítica de los mores de la tribu se convierte en estético subterfugio, en barroca ceniza efímera y desengañada.

Gracias a una conjunción de esfuerzos entre la AVL, Ivitra y el Instituto Ramon Llull, la traducción de Fritz Vogelgsang permite a los lectores alemanes saborear el texto completo de esta divertida novela que anticipa en siglos, e incluso supera, en su descarnada falta de rebozo, la genial ficción cervantina.

Albert Hauf es catedrático de Filología de la Universidad de Valencia y autor de una edición crítica de *Tirant lo Blanc*.

‘Tirant’ tiene un espíritu carnavalesco que desborda por completo la prudentísima discreción cervantina

El honor del caballero

Joan F. Mira

ENAMORADA O ESQUIVA, la dama es el complemento, o la otra cara, de la imagen del caballero, real o fantástico. El caballero es una imagen ideal de la masculinidad, la dama lo es de la femineidad, y la relación entre los dos ha de ser ideal y perfecta. O lo es en muchas otras novelas, pero no en el *Tirant* y tampoco en el *Quijote*. En el *Tirant* porque la figura ideal se hace rápidamente carnal, en el *Quijote* porque está invertida, encarnada en una labradora brutalmente “realista”. En cuanto a la relación entre el caballero y la doncella, curiosamente el realismo corresponde a *Tirant lo Blanc*, héroe medieval todavía, inmerso en una historia irreal, y el idealismo corresponde a Don Quijote, héroe quizá ya moderno o quizá fuera del tiempo y de la historia.

La subversión radical de este marco de referentes aparece, un siglo antes del *Quijote*, en un libro donde el honor del caballero no estará tanto en la intangibilidad de la dama como en el triunfo en la batalla para vencerla y conquistarla. Sin cuya victoria el caballero sería tenido por vil y poca cosa, según la “doctrina” de Plaerdemavida. Su triunfo final será el poder imperial, máximo acceso imaginable, y el amor de la hija del emperador... valientemente consumado en la cama. Aquí, en la cama como campo de batalla, en el erotismo explícito de sus héroes centrales, es donde el *Tirant* se separa de sus predecesores literarios. Y de sus sucesores inmediatos, porque habrá que esperar mucho tiempo para encontrar algo equivalente en la gran literatura europea. Aquí el honor del caballero en el combate depende de la agilidad y el valor de sus manos..., y por los mismos medios puede conseguir honor y fama en la batalla amorosa. Pero a *Tirant* le falta valor, y cuando llega a la

cama de la princesa, “todo el corazón, las manos y los pies le temblaban”. Se retira por tanto, pero ante los razonamientos de Plaerdemavida reconoce que la vergüenza y timidez (cualidades que tan a menudo mostrará Don Quijote con las damas) no son una virtud sino un defecto: “A fe mía, doncella, vos me habéis dado más noticia de mis defectos de lo que nunca hizo ningún confesor, por gran maestro en teología que fuera”. La ironía es bien visible, y la subversión bien profunda.

En el segundo encuentro la princesa intenta detener los embates del caballero: “Mira estas balanzas de perfección: en la parte derecha hay amor, honor y castidad; y en la otra hay vergüenza, infamia y dolor”. Es todavía la posición ortodoxa: la pérdida de la virginidad significa deshonor. *Tirant* cede a las súplicas y aplaza el asalto final... pero pasan la noche en la cama, “jugando y solazándose”, y por la mañana Carmesina declara cuánto le gustaría “que este deleite durase un

año o no se acabara jamás”. El orden de valores de la princesa se acerca cada vez más al de su amiga Plaerdemavida, es decir, a la subversión total del orden.

La “batalla final” tendrá lugar después del retorno de *Tirant* de sus conquistas africanas. La princesa, ahora, acude a la analogía guerrera como arma defensiva: “No queráis usar vuestra belicosa fuerza..., no penséis que esto es campo ni liza de infieles...”. Ahora adopta el lenguaje de un combate. Pero sus ruegos ya no serán defensa suficiente, y “en poco tiempo *Tirant* venció la placentera batalla, y la princesa rindió las armas”. Al contrario que en el *Quijote*, la ganadora no es la ortodoxia moral sino la heterodoxia, no el honor enemigo del placer sino el placer convertido en honor. Y eso resulta moderno y original. Sólo eso, la subversión y la inversión de un orden riguroso de valores, hecha de una manera tan contundente y tan explícita, ya bastaría para considerar *Tirant* como uno de los grandes libros de su época.